

La revolución revisitada: debates en torno a *Imperio*, de Michael Hardt y Toni Negri

◆ *Aníbal Viguera*

Si en algo coinciden los comentarios sobre *Imperio*, el libro publicado por Michael Hardt y Antonio Negri en el año 2000 y recientemente aparecido en la Argentina,¹ es en destacar que se trata de un impactante fenómeno editorial: muchos miles de ejemplares vendidos en todo el mundo, traducción a por lo menos diez idiomas, e innumerables referencias en el ámbito académico, periódico y político. El presente artículo pretende dar cuenta, de manera sintética, del debate generado por esta obra, apuntando a analizar cuáles son las cuestiones que, al instalar nuevamente en la agenda la temática de la revolución, se han puesto en juego a través de *Imperio* y de las lecturas que se han hecho de él.

Podría decirse que el libro ha dado lugar fundamentalmente a tres tipos de reacciones: una exaltación casi retórica y políticamente aséptica, que incluye por ejemplo a *Time* y a *The New York Times*, que resalta sin mayor análisis la envergadura del recorrido teórico que la obra supone; una recepción entusiasta, aunque quizá algo epidérmica, desde parte de la izquierda que no ha redundado en muchos trabajos que profundicen sobre las coordenadas teóricas y políticas del texto; y, mayoritariamente, artículos y reseñas que también desde el campo de la izquierda, aunque con matices muy diversos, ejercen sobre el libro una crítica

¹ Hardt, Michael y Antonio Negri, (2000), *Empire*. Cambridge, Harvard University Press. (Traducción al español: *Imperio*. Buenos Aires, Paidós, 2002.

◆ Centro de Investigaciones Socio Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - UNLP.

que en promedio destaca por su dureza e incluye momentos ácidamente descalificadores.

El libro tiene sin duda pretensiones (re)fundacionales dentro de la tradición marxista, por lo que no sorprende que algunos análisis exploren su posible comparación —con resultado no necesariamente favorable para *Imperio*— con el *Manifiesto Comunista*², con *La ideología alemana*³ o con *El capital*.⁴ Esto explica quizá que el debate se haya concentrado fundamentalmente al interior del campo académico y político de la izquierda, y que algunas críticas adquieran ribetes algo virulentos en la medida en que le reprochan derivaciones políticas erróneas o inconducentes⁵. Debido a que por omisión, por ensañamiento crítico o a veces por una interpretación demasiado sesgada, la lógica argumental de Hardt y Negri suele perderse en el camino, parece pertinente comenzar por un intento de reproducir dicha lógica en sus propios términos para luego dar lugar a las lecturas que se han hecho de ella.

La lógica de *Imperio*

El argumento de Hardt y Negri puede reconstruirse en torno a tres ideas-fuerza estrechamente ligadas entre sí: la denominada “globalización”, consolidada durante las dos últimas décadas del siglo XX, supone a la vez la conformación de un nuevo esquema de poder mundial, al que denominan “Imperio”; dicho esquema de poder se asienta al mismo tiempo en sustanciales transformaciones en el modo de producción capitalista, centradas en la creciente hegemonía del “trabajo inmaterial”; estas transformaciones implican, finalmente, la posibilidad de emergencia de un nuevo sujeto, la “multitud”, con inmanentes capacidades para transformar el nuevo orden económico y político global.

Efectivamente, en primer lugar, el actual proceso de globalización de la producción capitalista debe ser visto, sostienen Hardt y Negri, como una verdadera ruptura, que conlleva la conformación de un *nuevo paradigma* en la constitución y funcionamiento del orden mundial. Se ha pasado de la “soberanía moderna”, centrada en el Estado-nación y en el imperialismo, a la “soberanía imperial”. El

² Zizek (2001).

³ Cox (2001).

⁴ Albiac (2001) y los propios autores (cfr. Hardt y Negri, 2001).

⁵ Por citar sólo un ejemplo, para Rubén Dri Toni Negri es “el nuevo intelectual de moda que nos llega de Europa con sus nuevas categorías o jergas”, y si bien su obra ayuda a comprender fenómenos nuevos, “deriva de ellos conclusiones dispartadas” (Dri, 2002).

“imperio” como orden jurídico-político implica que los resortes básicos de la soberanía –el poder militar, el poder monetario y financiero, y el poder comunicacional-cultural-lingüístico– se han trasladado a un conjunto de organismos y dispositivos supranacionales. Los “estados-nación” no han desaparecido, pero han perdido el control sobre esos atributos fundamentales de la soberanía; por encima de ellos existe un único poder supranacional que abarca el mundo entero sin dejar ningún espacio “afuera”. En una de sus afirmaciones más polémicas, Hardt y Negri sostienen que esto supone a la vez el fin del imperialismo, entendido como la expansión del estado nacional más allá de sus fronteras y la opresión de naciones fuertes respecto a naciones pobres o débiles: el imperio (que ya no tiene “un afuera y un adentro”) no es norteamericano, ni europeo, sino simplemente capitalista, representa el poder del “capital colectivo”. Éste gobierna, incluso, por encima de los estados más poderosos, y el conflicto y competencia entre las potencias ha dejado de ser un elemento relevante del orden global; la élite imperial incluye tanto a los capitalistas norteamericanos como a los rusos o africanos; y el “primer” y “tercer mundo” ya no se hallan claramente divididos por las fronteras nacionales, sino combinados uno y otro dentro de cada país. En este sentido, las diferencias entre Gran Bretaña o Estados Unidos, por un lado, y la India por el otro, por poner un ejemplo, son “de grado” y no “de naturaleza”; la jerarquía entre naciones se diluye en el horizonte unitario del imperio.

Retomando nociones foucaultianas a su vez desarrolladas por Deleuze, Hardt y Negri sostienen que el pasaje al imperio coincide con el tránsito definitivo de la “sociedad disciplinaria” a la “sociedad de control”, en la que el poder se ejerce capilarmente sobre todos los aspectos de la vida agudizando el carácter “inmanente” de la dominación: la disciplina está cada vez más interiorizada en el individuo, como resultado de la manipulación de todas sus actividades, relaciones sociales y culturales. El poder imperial es, en este sentido, un poder “biopolítico” (porque la producción misma, como se verá, se ha vuelto biopolítica): es un poder sobre la vida y la subjetividad, los mecanismos de dominio están distribuidos por los cerebros y los cuerpos de los ciudadanos.

Debido a ello, un rasgo central del imperio es que se trata de un espacio uniforme en el que no hay ningún lugar específico en el que se ejerza el poder: éste está “en todas partes”, el imperio es un “no-lugar” de poder, el control y la producción de subjetividades es resultado de una serie de dispositivos dispersos en una estructura de red. El “control” se ejerce a través de diversas instancias que Hardt y Negri visualizan en una estructura piramidal integrada en distintos

niveles por los EEUU y las principales potencias –detentadoras del monopolio del uso de la fuerza–, los organismos financieros internacionales –articuladores del poder del dinero a escala global–, las redes de flujo de dinero, productos, tecnologías y poblaciones tendidas por las grandes empresas multinacionales, la industria de la comunicación, los estados-nación –que conservan importantes funciones–, e inclusive las ONG y otras asociaciones que ejercen una doble función de representación/legitimación.

La clave está, en este sentido, en las propias empresas multinacionales que producen no sólo mercancías sino también necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes, y también en la industria de las comunicaciones. La intervención de la “fuerza” imperial es en este esquema una suerte de “guerra de policía” –que aspira a legitimarse en tanto defensora de valores universales–, y se remite a asegurar una especie de garantía de última instancia para el funcionamiento del orden global.

El segundo nudo argumental que permite visualizar la lógica imperial sostiene que en la base de la estructura jurídico-política del imperio está una sustancial transformación del modo de producción capitalista, que también ha significado un cambio de paradigma; aquí la transición se define como la que va del fordismo al posfordismo, o de la industrialización a la informatización de la producción, o como la “posmodernización” de la economía. En este pasaje, el cambio tecnológico se combina con la transformación de la organización de la producción, dando lugar a un nuevo esquema en el que el “trabajo inmaterial” –expresión que remite básicamente a la producción de servicios o “bienes inmateriales”– se ha vuelto hegemónico. En este nuevo estadio, dicen Hardt y Negri, la producción –y consecuentemente la generación de plusvalor– se basa en la cooperación entre los trabajadores, en la comunicación, el lenguaje, el conocimiento, el afecto, articulados en estructuras “en red” (que ya no implican necesariamente, por ejemplo, la concentración física en un mismo lugar). Tanto en la industria como en los servicios tienden a predominar empleos muy móviles que requieren aptitudes flexibles y que se caracterizan por el lugar central que ocupan en ellos el conocimiento, la información, el afecto y la comunicación. La cooperación no se impone desde el exterior como antes sino que es inmanente a la actividad laboral misma. La productividad y el superávit social devienen de la interactividad cooperativa desarrollada a través de redes lingüísticas, comunicacionales y afectivas.

Los instrumentos de producción más importantes están ahora en el propio cuerpo de los trabajadores. La explotación, de esta manera, se ejerce sobre el conjunto de la vida y no sólo en el ámbito fabril o estrictamente “productivo”; el

proletariado produce todo el tiempo, producción y reproducción dejan de ser ámbitos y tiempos claramente diferenciados como en el anterior esquema taylorista-fordista. El trabajador es explotado en su conjunto, pero a la vez debe ser preservado en su capacidad creativa, en su potencial de cooperación y conocimiento para que la acumulación se reproduzca adecuadamente.

El tercer núcleo que completa el argumento del libro es el que señala que al paradigma de la soberanía imperial y su contraparte material, el posfordismo o “posmodernización económica”, corresponde la (re)emergencia de un sujeto potencialmente revolucionario, la multitud, hasta entonces parcialmente “sometido” por la estructura de dominación estatal-disciplinaria propia de la “soberanía moderna”.

El concepto de multitud se contrapone por un lado al de pueblo⁶ y, por el otro, al de masa o muchedumbre. Mientras que el pueblo es una síntesis constituida y es “uno”, siendo representable como tal para ejercer la soberanía en el Estado, la multitud es por definición plural, múltiple, integrada por infinitas singularidades, irrepresentable y constituyente; frente a la clásica noción de masa o muchedumbre, sin embargo, aparece como activa, positiva, capaz de generar una transformación por sí misma. Lo más importante del concepto tal como lo usa Negri, y aquí la influencia de Spinoza, es que la multitud es ontológicamente antagónica, conlleva de manera inmanente un poder constituyente basado en su propia creatividad y en sus deseos de liberación y de resistencia a toda explotación.

La idea de la productividad inherente a la multitud es muy fuerte en Negri,⁷ al punto de sostener que su lucha es el verdadero motor del desarrollo capitalista y de sus principales transformaciones; de hecho, fue la propia resistencia de los trabajadores al sistema disciplinario la que impulsó el tránsito al Imperio como nuevo paradigma de dominio. Hay en esto un explícito rechazo a la dialéctica, por un lado a lo que ésta pudiera implicar de teleología o determinismo (no es el capitalismo el que genera inevitables contradicciones que constituyen la “oportunidad” para la lucha, sino que ésta es el producto del propio deseo y creatividad de la multitud), y también, como consecuencia, a la idea de que la lucha parte de

⁶ Aquí la referencia es a Hobbes, aunque invirtiendo la valoración que éste hacía de pueblo y multitud (positiva y negativa respectivamente). Asimismo, la definición de la multitud y su valoración positiva se basa explícitamente en la obra de Spinoza, a la que Negri dedicó uno de sus libros anteriores, *La anomalía salvaje*.

⁷ La idea permea en efecto buena parte de la obra de Negri y también su práctica militante en el autonomismo italiano. Una buena síntesis sobre la trayectoria intelectual y política de Negri puede verse en Callinicos (2001).

la negación de una situación en función de una síntesis superadora (con Spinoza, Negri opone a esto la continua producción ontológicamente “positiva” de la multitud).

Ahora bien, otro punto central del argumento es que en el mundo completamente globalizado del imperio, capital y trabajo se enfrentan “cara a cara”, ya sin mediaciones; al mismo tiempo, la multitud –y particularmente el sector hegemónico del trabajo inmaterial– ha adquirido una composición tal que está en condiciones de liberarse del control sobre sus fuerzas productivas. Éstas, ancladas ahora en la cooperación, la información y el afecto como pilares centrales de la producción de valor, pueden conducir el proceso productivo sin necesidad del capital; en cierto modo, la propiedad privada de los medios de producción ha dejado de tener sentido conceptual –aunque siga vigente jurídicamente– ya que la multitud está en condiciones de sostener por sí misma la producción en una suerte de comunismo espontáneo y elemental. La posibilidad de superar el imperio y con él el capitalismo tiene aquí su base material.

Es en este sentido que Hardt y Negri sostienen que el Imperio supone un mayor potencial para la liberación, al poner a la multitud en posición de enfrentar directamente los mecanismos de control: la construcción del imperio es, a la vez, su propio proceso de derrocamiento. La lucha contra el capitalismo es posible y necesaria, pero no pasará ya por la afirmación del Estado-nación frente a los poderes globales: al imperio debe contraponerse una suerte de “contraimperio comunista” a escala global en el que el trabajo será controlado por los propios trabajadores. Hardt y Negri rechazan contundentemente toda estrategia basada en el Estado-nación⁸ por dos motivos: uno, por no tener sentido en un mundo en el que el dominio se ejerce a escala global, y a la vez porque el estado conlleva *per se* aspectos básicamente represivos y ha sido el mecanismo de sometimiento de la multitud al orden de la soberanía nacional que logró contener, desde la temprana modernidad, las energías creativas presentes en ella de manera inmanente. La lucha contra el imperio será así una lucha biopolítica, una lucha por la forma de vida, una lucha constituyente que creará nuevas formas de comunidad; la base es la deserción, el éxodo, en el amplio sentido de “estar en contra” y de no aceptar los disciplinamientos y controles impuestos a ninguna esfera de la vida cotidiana. No se trata, paradójicamente, de extender lazos horizontales entre las diversas luchas locales, a las que Hardt y Negri consideran en principio “incomunicables” por estar ancladas en sus propias condiciones y demandas

⁸ Véase Hardt 2002 para la aplicación concreta de este postulado a la crítica de las posturas predominantes en el Foro Social Mundial de Porto Alegre.

específicas; cada una de ellas, por el contrario, en su específica singularidad, en su pelea “micropolítica” contra la dominación, golpeará directamente al corazón del imperio.

¿Imperio *versus* imperialismo?

Uno de los ejes de las críticas al libro que nos ocupa es el que se centra en la supuesta disolución del imperialismo en el postulado nuevo orden “imperial”. Es éste, en efecto, uno de los puntos principales que desarrolla Atilio Borón en un trabajo reciente dedicado especialmente al libro de Hardt y Negri,⁹ y en la misma dirección apunta la ácida crítica que le ha dedicado James Petras.¹⁰ Ambos autores coinciden en sostener que el accionar imperialista de los países desarrollados, pero en especial de EEUU, lejos de desaparecer, ha dado renovadas muestras de su presencia en los últimos tiempos. Según Borón, la globalización no ha hecho sino consolidar la dominación imperialista sobre los países periféricos, la dependencia de éstos se ha profundizado y la asimetría entre economías centrales y periféricas se ha visto acentuada. En este sentido, los ejemplos sobre la persistencia de intervenciones imperialistas, con sus atrocidades asociadas, constituyen un argumento contundente y difícilmente rebatible desarrollado tanto por Borón como por Petras.

También la idea de que “entre Gran Bretaña y la India hay diferencias de grado y no de naturaleza” provoca en Borón un fuerte rechazo, ya que la asocia con la idea desarrollista de los años 50 según la cual el desarrollo capitalista en los distintos países era una cuestión de etapas en las que no aparecían los efectos obstaculizadores de la dependencia estructural de la periferia. Borón sostiene que con este tipo de afirmaciones Hardt y Negri “compran” el argumento de los ideólogos de la globalización, para quienes ésta constituye un mundo de naciones interdependientes en el que el intercambio de bienes, personas, servicios y capitales fluye libremente en todas direcciones; aquí Borón devuelve, en contraste, una imagen llena de asimetrías y relaciones de poder que en definitiva sigue remitiendo a un mundo dominado por un puñado de poderes imperialistas en el que la globalización es, en realidad, una construcción ideológica. Un punto importante de la argumentación de Borón, también presente en la crítica de Petras

⁹ Cfr. Borón (2002a). En un artículo posterior (Borón, 2002b) el autor retoma argumentos ya expuestos en dicho libro y desarrolla otros.

¹⁰ Cfr. Petras (2001).

y que en términos empíricos se muestra contundente, es que las empresas “transnacionales” son en realidad empresas “nacionales” con sede en un pequeño grupo de países. Este es uno de los puntos que ilustrarían a la vez que lejos de perder importancia, los estados nacionales siguen siendo actores cruciales de la economía mundial; el estado en los países centrales no ha hecho sino crecer en el marco de la globalización¹¹, y las políticas proteccionistas, de subsidios, y de intervenciones a favor del capital no hacen sino confirmar esa fuerte presencia.

Para Borón, no se trata aquí sólo de un problema de conceptualización empíricamente inadecuada del orden mundial. Hardt y Negri, sostiene, reproducen la ideología neoliberal que presenta a la globalización como un proceso natural e irreversible; es más, en *Imperio* el imperialismo (especialmente el norteamericano) y el propio capitalismo quedan naturalizados y sus contradicciones y atrocidades diluidas en un sistema imperial fantasmagórico, sin dominadores y beneficiarios claramente identificables. Aun aceptando que Hardt y Negri tienen “nobles intenciones”, en los hechos su argumento resulta, según Borón, funcional al imperialismo –de ahí su favorable acogida por el establishment académico y periodístico– y en todo caso implica una lectura ingenua de la realidad. El resultado es no sólo mala teoría, sino erróneas conclusiones estratégicas y, consecuentemente, una fuente de potenciales frustraciones para la acción política.¹²

Aquí cabe despejar, sin embargo, algunos aspectos de estas críticas. Como se dijo más arriba, no se trata de negar que, en algún sentido, “el imperialismo existe”, y mucho menos que implica beneficiarios y víctimas. Pero, en primer lugar, no por negarle centralidad al imperialismo Hardt y Negri se convierten en ingenuos compradores de la ideología globalizadora neoliberal, ni presentan un panorama idílico de la globalización. La falta de énfasis en el señalamiento de las acciones imperialistas y las atrocidades asociadas a ellas, correctamente enume-

¹¹ No así, como señala Borón, en los países periféricos, víctimas de las políticas neoliberales impulsadas por los organismos financieros internacionales.

¹² En el mismo sentido, la crítica de Petras es todavía más descalificadora, sin que ello se vea compensado por el reconocimiento que Borón hace sobre la valía intelectual de la obra previa de Negri, así como sobre su dilatada militancia política. Petras se expresa en términos tales como los siguientes: “después de leer ‘Imperio’ no sorprende que los críticos de *Time* y del *New York Times* hayan aplaudido el libro. ‘Imperio’ es una síntesis generalizada de las banalidades intelectuales sobre la globalización, es un movimiento progresista en la historia, al abolirse el imperialismo por decreto intelectual y al encarnarse las alternativas sistémicas en una multitud amorfa que carece de cualquiera de las herramientas de análisis y de organización política que se identificaban con las luchas revolucionarias contemporáneas [...] ‘Imperio’ es una síntesis generalizada de las banalidades intelectuales sobre la globalización, el postmodernismo, el posmarxismo, unidos todos por una serie de argumentos y suposiciones no fundamentados que violan seriamente las realidades económicas e históricas. La tesis del postimperialismo de ‘Imperio’ no es novedosa, no es una gran teoría y explica poco del mundo real. Más bien es un ejercicio verboso vacío de inteligencia crítica” (Petras, 2001).

radas por Borón y Petras, debe quizá atribuirse a que el eje de su argumentación está puesto en la búsqueda de los aspectos novedosos de lo que –convincientemente o no– entienden como un nuevo paradigma de dominación global; y también a que hacen *una lectura diferente* de las mismas, en tanto reproductoras del orden capitalista global y no (solamente) de los intereses de determinados capitalismos “nacionales”. En cualquier caso, globalización e imperio no significan para Negri y Hardt una idílica interdependencia entre naciones ni un sano y libre circular de bienes y capitales, sino nuevas modalidades de dominación del sistema capitalista a escala global con cuya conceptualización difícilmente podría coincidir un teórico neoliberal.

De hecho, ellos mismos han reconocido que, en ese intento, puede haber quedado algo desdibujada la manera siempre más negativa en que el orden global repercute sobre los países clásicamente definidos como periféricos.¹³ En aclaraciones posteriores a la publicación del libro, los autores matizan parcialmente sus afirmaciones más “duras” señalando por ejemplo que

“Es insensato hablar de Estados Unidos como el enemigo fundamental. Es el enemigo principal, pero en tanto centralización del capitalismo a nivel mundial. El enemigo es el capital y no Estados Unidos. Y todas las veces que se dice que es Estados Unidos, se está diciendo que es posible que un estado específico –Argentina o Italia– puede ser el lugar donde es posible hacer la revolución. Y eso es una absoluta falsedad. Hoy la revolución, como mínimo, es posible en grandes conglomerados regionales. Por eso las luchas tienen que desarrollarse a este nivel. No sirve construir contrapoder en Argentina si su capacidad de lucha no deviene, por su forma y por su modalidad, como mínimo inmediatamente regional”.¹⁴

La lógica del argumento de Hardt y Negri no pasa por demostrar que no hay actores poderosos en el orden mundial –y reconocen que el más fuerte es, precisamente, EEUU– sino que la dominación en el capitalismo se ha vuelto más compleja que lo que (solamente) la clásica dicotomía centro-periferia sugiere.¹⁵ Que las empresas multinacionales sean propiedad de capitales localizados en los

¹³ Hernández Navarro (2002).

¹⁴ Gago y Sztulwark (2002b).

¹⁵ En otro trabajo Hardt y Negri aclaran que la noción de imperio no implica que “las condiciones en el mundo se hayan igualado o siquiera que tiendan a la homogeneidad. El tránsito al Imperio disminuye algunas diferencias pero crea y magnifica otras. Nuestro mundo es tan desigual y jerárquico como el mundo imperialista lo era, pero sus líneas de división no pueden ser adecuadamente concebidas en términos de fronteras nacionales. Quizá tengamos que decir que nuestros mapas de las iniquidades globales deben volverse mucho más complejos”. Hardt y Negri (2001: 239).

países centrales no quita que sus redes de dominación se ejerzan globalmente a través de verdaderas telarañas de poder que no parece posible desmontarse oponiendo economías “nacionales” a poderes imperialistas.

Observaciones similares pueden hacerse respecto a la postulada “desaparición” de los estados nacionales, sobre cuya persistente importancia, en el caso de los países desarrollados particularmente, los ejemplos de Petras y Borón son nuevamente irrefutables. Sin embargo, otra vez, quizá no sea ése exactamente el punto en debate. Hardt y Negri subrayan que ellos no postulan el fin del estado nacional, sino en todo caso la transformación de sus funciones en el marco global del imperio; en ese sentido, también parece difícil negar que existe una lógica global de las grandes corporaciones multinacionales y del capital financiero que hasta cierto punto pasa por encima de las decisiones tomadas por gobiernos específicos.

El hecho es que el argumento admite los matices mencionados, y aún podría reformularse incorporándole rasgos “imperialistas” al imperio, sin perder consistencia; más que el “no imperialismo”, lo que constituye el núcleo de la soberanía imperial es esa dispersión y singularización de instancias de control que el capital en general ejerce sobre la multitud trabajadora.

Después de todo, los crecientes avances del capital internacional sobre las economías nacionales no han sido logrados precisamente mediante la clásica invasión de marines norteamericanos, sino a través de diversos dispositivos de poder entre los cuales los mecanismos de decisión internos de los países periféricos han sido decisivos. En definitiva, lo que está en juego aquí no es tanto cuán imperialista o imperial es el orden mundial, sino la complejidad de los mecanismos de poder mediante los cuales el orden capitalista se reproduce a escala global; si, como resulta natural que se plantee desde una perspectiva de izquierda, se pretende avanzar hacia alguna superación de dicho orden, las ambigüedades de Hardt y Negri no parecen poder contrastarse con simétricas precisiones acerca de la manera adecuada de enfrentar el problema desde un punto de vista “antiimperialista”. La lógica del libro de Hardt y Negri —se la comparta o no en su objetivo— está presidida por la búsqueda de las nuevas condiciones en las que la superación *del capitalismo* habría de ser posible; si lo que se busca no es cuestionar ese objetivo sino rescatarlo,¹⁶ entonces el énfasis en la dicotomía imperio-imperialismo puede desviar el eje de la discusión que el propio libro propone (la alternativa de luchar contra los poderes globales desde el Estado-nación puede

¹⁶ Ni Borón ni Petras se posicionan en una crítica que rechace la vocación anticapitalista de Hardt y Negri.

ser considerada válida, pero es claro que no implica necesariamente luchar contra el capitalismo). Visto desde este ángulo, el libro conserva su interés en tanto promueve un nuevo impulso a un debate siempre pendiente sobre, precisamente, la estructura y los mecanismos de poder en el marco del capitalismo actual, siempre y cuando éste no pretenda saldarse volviendo a argumentos dependentistas simplificadores.

En este punto, la crítica más difícil de levantar por parte de *Imperio* es que quizá la imagen de esa soberanía imperial no termina de adquirir la suficiente nitidez como para convencer al lector sobre la pertinencia de las derivaciones políticas que de ella se extraen.¹⁷ Ello nos remite a otro plano de la discusión suscitada por el libro.¹⁸

¿La multitud contra el imperio sin pasar por la política?

Aquí el punto en discusión es si, efectivamente, las sustanciales transformaciones del modo de producción capitalista suponen un potencial nuevo sujeto al que le caben los rasgos de la “multitud”; es decir, si al nuevo estadio del capitalismo le corresponde un nuevo sepulturero¹⁹ y, en todo caso, cómo cabe esperar que éste se ponga en acción. ¿Logra convencer el libro acerca de este potencial de insubordinación y sublevación anclado en nuevas figuras de la subjetividad surgidas del conjunto de las prácticas laborales? Es aquí donde efectivamente cabe encontrar las tensiones irresueltas más importantes –aunque igualmente provocadoras– del argumento de Hardt y Negri.

Quizá el problema no sea que el concepto de multitud diluye la idea de la “lucha de clases”, como critica Petras.²⁰ No sólo cabría decir que esa es una lectura “injusta” del libro, sino que puede desviarnos del eje más relevante del debate que el texto provoca. La clase, de alguna manera, está reformulada en la

¹⁷ En este sentido vease la crítica de Eduardo Grüner (Grüner, 2002, Segunda parte, capítulo 2).

¹⁸ Otro comentario que centra su crítica en la contraposición imperio-imperialismo es el de John Bellamy Foster, editor del *Monthly Review* (Bellamy Foster, 2002). Alex Callinicos cuestiona la pérdida de relevancia que en el argumento de *Imperio* tiene el conflicto inter-imperialista entre los países dominantes, pero la crítica de este autor apunta básicamente en la dirección a la que nos referimos a continuación (vease Callinicos, 2001). Cabe destacar que la mayor parte de las reseñas y artículos relevados sobre el libro de Hardt y Negri no hacen hincapié en la dicotomía imperio-imperialismo, sino en la problemática de la multitud como eventual sujeto revolucionario.

¹⁹ O en todo caso un “post-sepulturero”, apelando a la ácida expresión que utiliza Nicolás Casullo en su crítica a Paolo Virno. Cfr. Casullo (2002).

²⁰ Cfr. Petras (2001). También Borón le adjudica al libro un criticable “silencio ante las estructuras de explotación y opresión clasista” (Borón, 2002b: 175).

multitud, en tanto esta noción sigue llevando implícita la premisa de la explotación capitalista, aunque la misma ya no tiene lugar en el “locus” específico en el que la clase se constituía como tal. Como aclaran los propios autores, la multitud contiene, en su multiplicidad, todas las características de la clase trabajadora: el estigma de la explotación, la miseria y la alienación, así como el deseo de resistir a la explotación y de rebelarse contra el estado capitalista.²¹

Lo que realmente se pone en juego en el argumento de Hardt y Negri es la eventual emergencia de la multitud como *el nuevo sujeto revolucionario* propio de la era imperial. En este sentido, en términos generales, la crítica apunta a señalar la “vaguedad” de la figura de la multitud e incluso la insuficiencia o hasta ingenuidad del proyecto que el libro le atribuye en sus últimas páginas. El mismo Borón, aunque parece centrar más sus observaciones en el contraste imperio-imperialismo, también critica ácidamente la “vaga exhortación a confiar en las potencialidades transformadoras de la multitud”,²² y la “eclosión de romanticismo político”²³ que ello implica. La, en el mejor de los casos, *ingenuidad* de Hardt y Negri en este punto tiene que ver no sólo con no analizar las formas y medios de lucha mediante los cuales la multitud podría llevar a cabo su proyecto, sino sobre todo con no prever que el poder dominante, llegado el caso, habrá de resistir, y tiene claro cómo hacerlo. Como señala Borón, se extraña la problemática del poder, de cómo éste se obtiene, se ejerce y se pierde.

Como también otros autores han observado, Hardt y Negri parecen en efecto perder en el camino la propia noción de poder y dominación que en un principio adquiere centralidad al construir la noción de imperio.²⁴ La inmanencia de la capacidad subversiva de la multitud, el carácter por definición “positivo” de su lucha, corren el riesgo de hacer perder de vista no sólo que el poder dominante es capaz de resistir sus luchas, como apuntaba Borón, sino sobre todo que la propia multitud está en todo caso permeada por la dominación. En este sentido, el comportamiento naturalmente antagónico que Hardt y Negri le atribuyen a la multitud puede no verificarse, al menos sin que sea necesario desarrollarlo a través de una compleja construcción contrahegemónica. Como señalan Balakrishnan y Munck en sus respectivos comentarios, en el libro el cinismo paralizante y el pesimismo de la derrota se eliminan, pero se pierde la capacidad para hacer un examen desapasionado de las relaciones de fuerzas, y

²¹ Hardt y Negri (2001: 240).

²² Borón (2002a) cap. 2.

²³ Borón (2002b).

²⁴ Cfr. Brand (2001).

se excluye todo análisis estratégico del camino hacia el poder;²⁵ en palabras de Bruno Bosteels, Hardt y Negri “renuevan un esquema familiar que contrasta la pureza insurreccional con el poder igualmente puro del orden establecido”.²⁶ Incluso se ha señalado cierto tono “populista” en esta apuesta a la multitud;²⁷ esta observación resulta interesante si se tiene en cuenta que, de algún modo, la multitud es presentada como un sujeto que “sabe lo que hace” y cuyas prácticas y experimentos “hay que seguir” sin pretender sobreimponerle un proyecto desde la teoría.

Aunque aparentemente múltiple y abierta a las singularidades, la multitud conserva sin embargo, en la formulación de Hardt y Negri, una composición de clase subyacente que presupone a la vez su potencial acción liberadora. Pero aquí el riesgo es también el de concebir una multitud paradójicamente homogeneizada, portadora de una solidaridad espontánea, ignorando las diferencias internas que inevitablemente la atraviesan.²⁸ El *desafío* es justamente cómo lograr una convergencia entre diferentes tipos de trabajadores, entre los que el componente estrictamente “inmaterial” es propio fundamentalmente de un sector privilegiado. De hecho, los movimientos reales en los que participan los distintos fragmentos de la multitud asumen orientaciones diversas, desde las más explícitas luchas antiglobalización hasta la incorporación en movimientos neofascistas.²⁹

Según Lawrence Cox, se extraña en el planteo de *Imperio* un análisis más complejo de la cultura popular y sus tensiones internas, que permita explorar cómo y cuándo los movimientos sociales se vuelven deseosos y capaces de moverse desde el plano de la incorporación subalterna al de la revolución; la lógica de Hardt y Negri se basa, para este autor, en una “abstracta y entusiasta confianza en la agencia” (en un vacío de poder hegemónico, bastaría con dejar a la gente hacer lo que mejor sabe) y parece negar la necesidad de realizar un análisis de las complejidades de *la política* de los movimientos sociales.³⁰

Ahora bien, paradójicamente lo que para varios autores es un punto de crítica, para Hardt y Negri es una clave de su argumento que insisten en reivindicar como válida: “no sabemos”, asumen, cómo el potencial transformador de

²⁵ Cfr. Balakrishnan (2000) y Munck (2001).

²⁶ Bosteels (2002).

²⁷ Cfr. Bensaïd (2002).

²⁸ Sobre este punto véase Dyer-Witford (2001).

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ Véase Cox (2001). También Daniel Bensaïd apunta en esta dirección al señalar que “la política, como arte de las relaciones de fuerzas y los contratiempos, se disuelve entonces en el punto de fusión entre los límites del capital y los deseos ilimitados de la multitud” (Bensaïd, 2002: 132).

la multitud podrá confluír en acción organizada contra el imperio, y es lógico que así sea. Para llegar a esa instancia, la propia práctica política y la experimentación de la multitud es más adecuada que la teoría; ésta, en todo caso, debe ser sensible a los poderes de invención de las múltiples formas de organización política que en los hechos se están desarrollando cada día.³¹ La elaboración concreta de una alternativa política al imperio no puede emerger de una articulación teórica, sostienen Hardt y Negri, sino sólo de la práctica: “hoy, para dar ese próximo paso concreto y crear un nuevo cuerpo social que esté más allá del imperio, ciertamente serían necesarios algunos de tales experimentos o series de experimentos realizados en virtud del genio de la práctica colectiva”.³² Algo cabe adelantar, sin embargo: no debe esperarse la conformación de “un” sujeto homogéneo, sino una multiplicidad de cuerpos capaces de decidir implementar formas alternativas de sociabilidad.³³

Por otra parte, la favorable recepción que las tesis de Negri tienen en muchos académicos y militantes, y esto es particularmente perceptible en la Argentina post-19 y 20 de diciembre, se basa justamente en el atractivo que ejerce el concepto de multitud y la apertura que el mismo conlleva hacia formas novedosas de participación.³⁴ En este sentido, cabe aclarar que esa acogida favorable incluye no sólo a Negri-Hardt sino también a otro filósofo italiano, Paolo Virno, que ha desarrollado paralelamente la noción de multitud en términos parcialmente similares a los de aquéllos, aunque como veremos, con alguna diferencia importante.³⁵ Lo que se rescata como valioso es justamente la postulación de “un proyecto de liberación sin punto de llegada”, sin otro horizonte que el de la lógica constituyente de la multitud desplazando a la lógica de la representación.³⁶

El problema no es quizá entonces que Hardt y Negri *no desarrollen* el plan estratégico de la multitud, y mucho menos que se considere a ésta como una suerte de campo abierto a la experimentación de nuevas prácticas y a la constitución de sujetos diversos. El punto es que esta interpretación, junto con la “lógica indefinición” sobre los posibles itinerarios de la multitud, no parece deducirse tan nítidamente de la lógica argumental de los autores, en la que

³¹ Hardt y Negri (2001: 238).

³² *Idem* (2002: 196).

³³ *Idem*. p. 243.

³⁴ Cfr. por ejemplo Mattini (2002) Ludmer (2001) Cafassi (2002) y particularmente los trabajos del Colectivo Situaciones.

³⁵ Cfr. Virno (1996) Virno (2002) y la entrevista en Gago y Sztulwark (2002a).

³⁶ Colectivo Situaciones (2001b).

cierta dosis de teleología y determinismo parecen haber logrado filtrarse para facilitar el programa optimista “sin política” que el libro transmite. Apelar a que ciertas acciones colectivas –por ejemplo la reciente ola de protesta y movilización en la Argentina– sean interpretadas en términos de la “multitud” citando a Negri y Hardt *sin calibrar el contenido analítico que el concepto conlleva en el contexto de estos autores* puede resultar al menos engañoso.³⁷

Multitud, divino tesoro

La “vaguedad” de la multitud de Hardt y Negri y las limitaciones señaladas más arriba a través de las críticas de diversos autores puede ser el resultado de una tensión no resuelta entre la postulada “apertura” hacia prácticas indeterminadas y la persistencia de cierta impronta estructural en el argumento que parece hacer innecesario tematizar la construcción política. En este sentido, cobra fuerza la crítica expuesta agudamente por Beatriz Sarlo: la dialéctica tan rechazada por los autores parece “colarse” en su argumento, bajo la forma de una suerte de “teodicea del proletariado global”. La discusión de una dirección estratégica parece innecesaria, dice Sarlo, porque ella “está garantizada por la teleología de la globalización y de su hija vengadora, la multitud”.³⁸ Explícitamente, la multitud es presentada como una “hipótesis lógica” que deriva del análisis de las estructuras económicas, políticas y culturales del imperio, y son estas nuevas condiciones del capitalismo las que constituyen a su vez nuevas bases para el deseo de rebelarse y de conformar un contrapoder.³⁹ Sin embargo, esa postulada *relación lógica* entre posfordismo o posmodernización económica y renovada potencialidad revolucionaria no queda del todo clara; ¿por qué, en efecto, la hegemonía del trabajo inmaterial debería implicar nuevos deseos y capacidades de liberación por parte del proletariado devenido en multitud? Una respuesta convincente a este interrogante sería crucial para sostener una de las premisas básicas del argumento de *Imperio*.

En definitiva Hardt y Negri no despejan claramente en qué medida la multitud está “estructuralmente” destinada a derrocar al imperio, y hasta qué punto

³⁷ Horacio González ha realizado interesantes comentarios sobre el posible uso de la categoría “multitud” sin referirla necesariamente a Negri o a Virno, planteando incluso su eventual complementación con determinadas connotaciones (gramscianas) del concepto de “pueblo” que en dichos autores aparece como antitético a la multitud. Cfr. Moreno (2002).

³⁸ Sarlo (2002: 5).

³⁹ Hardt y Negri (2001).

–y cómo– debe “construirse” su eventual conformación como sujeto político. Si son claros al decir que el proyecto de la multitud no puede salir de ninguna teoría, sino sólo de la propia experimentación, al mismo tiempo proponen ciertos componentes centrales de ese eventual proyecto y postulan que es necesario generar un lenguaje común para las multitudes, e identificar nítidamente al enemigo global que el no-lugar imperial hace difícil visualizar. En esta tarea, los intelectuales y los políticos parecen poder desempeñar un papel que, por otra parte, el llamado a la autoproducción política de la multitud les niega.

Cabe preguntarse si no hay en la obra de Hardt y Negri una nueva vuelta de tuerca (explícitamente negada, sin embargo) de un viejo postulado: tenemos explotación, agravios, opresión, entonces tendremos protesta, acción colectiva, revolución. Ahora bien, desde distintas perspectivas este postulado fue cediendo a diversos desarrollos analíticos surgidos de un cuestionamiento básico: no es automático ese pasaje, que está en todo caso mediado por otros factores como el poder, la experiencia, la hegemonía, la construcción política.⁴⁰

Pero por otra parte, la –al menos por el momento– escasa predisposición a pensar en la “politics” de la multitud deriva también de lo que quizá constituya el “núcleo duro” de la lógica de Hardt y Negri: la inmanencia. Lo *distintivo* de la propuesta de Hardt y Negri es efectivamente la potencialidad inmanente –no dialéctica– que le atribuyen a la multitud; su capacidad inherente de provocar cambios desde la propia esfera de la producción, capacidad que se ha incrementado en la situación imperial y que parece destinada a generar una globalización no capitalista basada en el autocontrol de capacidades productivas, hoy centradas en la cooperación y la comunicación y por tanto independizables del capital.

Cabe señalar en este sentido, que en los escritos de Paolo Virno, ya mencionado por ser otro de los promotores de la “multitud” como el nuevo sujeto derivado del posfordismo, el concepto aparece despojado de esa virtud inherente; por definición la multitud de Virno es, por el contrario, esencialmente ambivalente: “la figura de la multitud no es sólo ‘rosas y flores’ [...]. La multitud es un *modo de ser*, el modo de ser prevaleciente hoy en día; pero como todo modo de ser es

⁴⁰ En la propia tradición marxista podrían citarse varios hitos en esta dirección, desde Gramsci hasta la obra de E. P. Thompson. En la perspectiva del análisis de los “movimientos sociales”, la corriente del “proceso político”, encabezada por Tilly, Tarrow y otros autores parte justamente de cuestionar toda conexión automática entre agravio y protesta colectiva (vese por ejemplo Tarrow, 1997). Varios trabajos de Javier Auyero proponen, en el mismo sentido, analizar la protesta social reciente en la Argentina complejizando la ecuación “pobreza + desempleo = protesta”, e incorporando variables relacionadas con la política y la cultura (Cfr., entre otros, Auyero, 2002).

ambivalente, ya contiene en sí mismo pérdida y salvación, aquiescencia y conflicto, servilismo y libertad”.⁴¹

Vale la pena incorporar aquí una referencia a un libro muy reciente de John Holloway⁴² que en parte abona en una dirección similar a la de *Imperio* y que, sin embargo, también se planta explícitamente contra esta visión inmanentemente “positiva” de la multitud. La propuesta de Holloway –“cambiar el mundo sin tomar el poder”– se sustenta en la imperiosa necesidad de rechazar la apropiación del trabajo por el capital, que redundaría en la alienación y fetichización de la capacidad productiva y creativa del hombre. El “grito” contra esta opresión, basada en la artificial separación entre el “poder-hacer” (capacidad humana de producir) y el “poder-sobre” (arbitraria apropiación del producto del hacer por el capital), es el punto de partida de una construcción teórica en la que el Estado es, por definición, criatura y artífice de esa separación entre el “poder-hacer” y su producto. Por lo tanto, y también por una suerte de “efecto desilusión” –según Holloway los intentos de cambiar las cosas desde la toma del poder han fracasado– la transformación de la sociedad no debe buscarse procurando la conquista del aparato estatal sino construyendo nuevas formas alternativas de sociabilidad. Aunque por un camino diferente, se llega aquí a una convergencia con la propuesta de *Imperio*,⁴³ con la que hay otra coincidencia fundamental: tampoco sabemos *cómo* se producirá esa transformación ni cuál será el resultado, sólo que NO puede darse “tomando el poder”.⁴⁴

Sin embargo, Holloway plantea una diferencia sustancial con respecto a Hardt y Negri: recuperando la dialéctica –no en tanto eventual teleología sino como negación necesaria de lo existente para lograr su superación– critica la conceptualización de la multitud como sujeto autónomo, cuyo movimiento positivo es la fuerza motriz de la historia. En una relación erróneamente planteada como externa, la multitud de Negri, como sujeto revolucionario puro y autónomo, se enfrenta con otro sujeto autónomo, el imperio: en esta lucha entre dos titanes, “la fuerza de ambos lados está exagerada, las contradicciones de ambos lados

⁴¹ Virno (2002). En un reportaje reciente, Virno sostiene por ejemplo que “la multitud no se hace más representar políticamente; dice: no más democracia representativa. Pero esta lejanía, esta indiferencia por la democracia representativa no excluye la presencia en la multitud de muchos pequeños Pétain [...] y muchos pequeños Pétain pueden controlar la multitud” (Gago y Sztulwark, 2002).

⁴² Holloway (2002). Adelantos de la tesis luego desarrollada en el libro fueron publicados en Holloway (2001a, 2001b).

⁴³ Convergencia que el propio Holloway reconoce, ver por ejemplo Holloway (2002: 244).

⁴⁴ “Entonces, ¿cómo cambiamos el mundo sin cambiar el poder? Al final del libro, como al comienzo, no lo sabemos. Los leninistas lo saben, o solían saberlo. Nosotros no. El cambio revolucionario es más desesperadamente urgente que nunca, pero ya no sabemos qué significa ‘revolución’” (Holloway, 2002: 308).

descuidadas”.⁴⁵ Tratar al sujeto como positivo es atractivo, pero es una ficción, dado que la multitud está penetrada por la dominación y sólo existe como negación (es decir, en una relación capitalista en la que su humanidad misma, su capacidad creativa, es negada por el poder-sobre): la lucha es entonces inevitablemente contradictoria, e implica la lucha de la multitud contra sí misma (contra su propia negación por el capital). De aquí el planteo radicalmente anti-ontológico y dialéctico que Holloway opone a la fuerza constituyente *per se* de la multitud de Hardt y Negri.

En definitiva, si la intención era escribir el capítulo de *El Capital* “aggiornado” para el siglo XXI, el resultado es provocador pero podría considerarse como decepcionante al menos en dos sentidos. Por un lado, porque el nuevo esquema “posfordismo con hegemonía del trabajo inmaterial-multitud-revolución” carece de la nitidez que presentaba la imagen “fábrica-clase obrera-revolución”; por el otro, porque las tensiones e insuficiencias que aquel nítido esquema reveló con el tiempo —la acción colectiva de clase no era un proceso natural y automático que derivara de la explotación— vuelven a reproducirse en *Imperio*.

Hardt y Negri —al igual que Holloway, en este punto— parten del supuesto que la revolución es posible y necesaria, aunque no sepamos cómo hacerla ni pueda preverse el resultado. Se trata de contraponer un sólido optimismo frente al posibilismo o al cinismo incubados en la derrota de fines del siglo XX. Ese optimismo no deriva, como podría parecer, de un puro voluntarismo, sino que pretende estar basado en características del capitalismo/imperio que, con matices, avalan esa expectativa: se trataría entonces, citando a Beasley-Murray, de un “optimismo de la razón”.⁴⁶ El problema, quizá, es que las razones esgrimidas no parecen todavía resultar demasiado convincentes si se pretende pasar del mero entusiasmo por un discurso renovado, es decir, si no se quiere caer en un optimismo de la voluntad, o meramente en un optimismo del lenguaje. Mientras tanto, y ahora sí, quizá las multitudes logren encontrar al menos alguna dosis de reparación —y en todo caso también de acumulación de fuerzas— en el marco del Estado-nación y a través de la construcción política.

⁴⁵ Holloway (2001b: 135). El problema deriva de la comprensión del trabajo y el capital en términos de una relación externa, lo que “conduce a la magnificación paradójica (y romántica) del poder de ambos” (Holloway, 2002: 251).

⁴⁶ Cfr. Beasley-Murray (2001).

Bibliografía

Albiac, Gabriel, (2001) "El G-8 es una caricatura; la globalización exige una participación de todos (reportaje a Toni Negri)", en *El Mundo*, 21 de julio.

Auyero, Javier, (2002) *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas-UBA.

Balakrishnan, Gopal, (2000) "Virgilian visions", en *New Left Review*, nº 5.

Beasley-Murray, Jon, (2001) "Lenin in America", en *Rethinking Marxism*, vol.13, nº 3-4.

Bellamy Foster, John, (2002) "Imperialismo e 'Imperio'", en *Herramienta. Revista de debate y Crítica Marxista*, nº 20.

Bensaïd, Daniel, (2002) "El Imperio, ¿etapa terminal?", en *Cuadernos del Sur*, nº 33.

Borón, Atilio, (2002a) *Imperio & Imperialismo. (Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri)*, Buenos Aires, CLACSO.

Borón, Atilio, (2002b) "Imperio: dos tesis equivocadas", en *Observatorio Social de América Latina*, nº 7.

Bosteels, Bruno, (2002) "Manifiesto para el ciudadano global", en *Clarín*, 23 de marzo.

Brand, Ulrich, (2001) "Las nociones de Imperio y Obrero Social", en *Colectivo Situaciones* (ed.), *Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones De mano en mano.

Cafassi, Emilio, (2002) *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas, sobre fuego argentino*, Buenos Aires, Libros del Rojas-UBA.

Callinicos, Alex, (2001) "Toni Negri in perspective", en *International Socialism Journal*, nº 92.

Casullo, Nicolás, (2002) "¿Y ahora quiénes somos?", en *Clarín*, 26 de enero.

Colectivo Situaciones (2001a) "Entrevista a Toni Negri", en *Colectivo Situaciones*, (ed.), *Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones De mano en mano.

—————, (2001b) "Introducción", en *Colectivo Situaciones* (ed.), *Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones De mano en mano.

Colectivo Situaciones (2002) *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, Buenos Aires, Ediciones De mano en mano.

Cox, Laurence (2001) "Barbarian resistance and rebel alliances: social movements and Empire", en *Rethinking Marxism*, vol. 13, nº 3-4.

Dri, Rubén, (2002) “Antonio Negri o la evaporación de la dialéctica”, en *Rebelión*, 28 de agosto de 2002 (www.rebellion.org/sociales/dri280802.htm).

Dyer-Witheford, Nick, (2001) “Empire, immaterial labor, the new combinations, and the global worker”, en *Rethinking Marxism*, vol. 13, nº 3-4.

Gago, Verónica y Sztulwark, Diego, (2002a) “Entrevista a Paolo Virno”, en *La Escena Contemporánea*, nº 9.

_____, (2002b) “Entrevista a Toni Negri”, en *3 Puntos*, nº 268.

Grüner, Eduardo, (2002) *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós.

Hardt, Michel y Negri, Antonio, (2001) “Adventures of the multitude: response of the authors”, en *Rethinking Marxism*, vol. 13, nº 3-4.

_____, (2002a) *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.

_____, (2002b) “La multitud contra el Imperio”, en *Observatorio Social de América Latina*, nº 7.

Hardt, Michael (2002) “Today’s Bandung?”, en *New Left Review*, nº 14.

Hernández Navarro, Luis- La Jornada (2002) “Entrevista a Toni Negri”, en *La Fogata Digital* (<http://orbita.starmedia.com/-lafogata/negri/t12.htm>).

Holloway, John (2001a) “Doce tesis sobre el anti-poder”, en Colectivo Situaciones, (ed.), *Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones De mano en mano.

_____, (2001b) “Por un enfoque negativo, dialéctico, anti-ontológico”, en Colectivo Situaciones, ed., *Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones De mano en mano.

_____, (2002) *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Colección Herramienta-Universidad Autónoma de Puebla.

Ludmer, Josefina (2001) “An agenda for the multitudes”, en *Rethinking Marxism*, vol. 13, nº 3-4.

Mattini, Luis (2002) “¿Clase obrera versus imperialismo o multitudes contra el imperio?”, en *Rebelión*, 5/9/02 (www.rebellion.org/izquierda/lmattini050902.htm).

Moreno, María (2002) “Cacerolas, multitud, pueblo. Reportaje a Horacio González”, en *Página 12*, 9-10-02.

Munck, Ronaldo (2001) “Review of *Empire*”, en *Cultural Logic*, vol. 3, nº 2.

Negri, Antonio (1993) *La anomalía salvaje*, Barcelona, Anthropos.

La revolución revisitada...

Petras, James, (2001) "Imperio con imperialismo", en *Rebelión*, (<http://www.rebelion.org/petras/imperiopetrasmi.html>).

Sarlo, Beatriz, (2002) "Épica de la multitud o de la consolación por la filosofía", en *Punto de Vista*, nº 73.

Tarrow, Sidney, (1997) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad.

Virno, Paolo, (1996) "Virtuosity and revolution: the political theory of exodus", en Virno, Paolo y Michael Hardt, (eds.) *Radical thought in Italy*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

—————, (2002) *Gramática de la multitud*, (<http://usuarios.lycos.es/petebaumann/gramatica.html>).

Zizek, Slavoj, (2001), "Have Michael Hardt and Antonio Negri rewritten the Communist Manifesto for the twenty-first century?", en *Rethinking Marxism*, vol. 13, nº 3-4.